

## El doctor Carlos Cortés Lee

(Zipaquirá, 22 de diciembre de 1859. † París, 8 de marzo de 1928).

Nació el doctor Carlos Cortés Lee en la ciudad de Zipaquirá, como quien dice, en *la montaña de sal* de Colombia, y, por inesperada vicisitud de los acaecimientos humanos, murió, un año há, en París, *la ciudad-luz* de que se ufanan los franceses. Tal cuna y tal tumba habían de cuadrar por misteriosa armonía al elegido varón que fue luz del mundo y sal de la tierra.

En él, que hubiera querido pasar inadvertido de sus conciudadanos y de los hombres en general, se verificó, por causa del Evangelio, literalmente la palabra del Evangelio: «no puede esconderse la ciudad puesta sobre la cúspide del monte». Y a fe, que el doctor Cortés fue esa encumbrada ciudad. Su esbelta y derecha estatura, símbolos de la elevación y rectitud de su alma; su andar majestuoso; su profundo mirar; cierto sutil movimiento de las manos y brazos, y, señaladamente, su voz, aquella voz llena de sonoridad y de modulaciones enteramente varoniles, todo en su sér físico le hacía sobresalir dondequiera que se mostrase. Mas, por encima de estas calidades egregias, las dotes excepcionales de su espíritu, opulentamente favorecido por Dios y esmeradamente cultivado por el jardinero interior, forjaron en él al orador nato, genuino, completo, verdadero prodigio de la naturaleza y del arte.

Cuando el autor de estas líneas vino, hace ya varios lustros, a proseguir sus estudios en esta ciudad, brillaban en la cátedra sagrada de esta capital dos lumbreras de primera magnitud: el doctor Carrasquilla y el doctor Cortés, hermanos en el sacerdocio, pares casi en la edad, consumados, aunque por diversa manera y con diversa originalidad, en el arte divino de la elocuencia. Nadie espere aquí un paralelo, imposible para nuestras capacidades.

Lumbreras hemos dicho que eran, y es bien conocido aquello de que *stella ab stella difert in claritate*, una estrella se diferencia de otra estrella en claridad. Nosotros, incapaces para medir los astros, nos contentamos con admirarlos. Cuando acaso los veíamos departir en la calle o paseándose por los claustros del Colegio del Rosario, en donde adoctrinaban a la juventud, veníasenos la imagen de dos airoas palmas de esas que orlaban a trechos el antiguo y heroico camino del Quindío, cuyas cimbras ondulaban tan sólo al soplo de las brisas de la altura.

Querrá sin duda el amable lector que intentemos decir algo de aquella elocuencia. Cedemos la palabra a un testigo autorizado; sigamos los pasos a un escritor distinguido, muerto há poco, en nada sospechoso de embelesamientos místicos.

«En 1896, dice, un amigo nos comprometía a asistir a la Cuaresma de Cortés Lee en la iglesia bogotana de Las Nieves. Nos llevaba un sentimiento de arte.

«El primer domingo, convenientemente situados para ver y oír, formábamnos en un concurso inmenso para la capacidad de la pequeña iglesia.

«Apareció en el púlpito un hombre de elevada estatura, elevada en extremo; osamenta fuerte, las carnes magras; las facciones del rostro grandes y acusadas, sobre todo la nariz larga, y la boca, en que dijérase se había helado por el dolor de la renunciación una sonrisa; los ojos, hermosos y mansos; la frente amplia y ensoñadora, adornada por un mechoncito napoleónico, como el que José María Rivas Groot puso a su abate Croiset de *Resurrección*.

«Con qué humildad, con qué unción, aquel hombre gallardo, se signó, enseñando ya el juego de las manos, que en el curso de la oración debían batirse como los extremos de las alas. En la emisión del texto latino se nos

reveló la voz poderosa que, apenas susurrada, llenaba los ámbitos para llegar a los oídos perfecta de nitidez».

«..... A muchos predicadores habíamos escuchado. Este nos iba llevando de sorpresa en sorpresa, a cual más agradable, así por las cosas que decía, como por la manera de decirlas. Si con algo pudiéramos comparar la oratoria de Cortés Lee, sería con el órgano de las antiguas catedrales. Este instrumento misterioso, en el que sólo juega el viento que sacude las frondas y encrespa los mares, desata el sortilegio de sus truenos y de sus tempestades con una naturalidad tan magnífica que es imposible presumir aparato mecánico o mano de hombre. La voz de Cortés Lee subía o bajaba, fiel al clímax del razonamiento o al vuelo de la imagen. Si nunca estallaba, hacia lo sublime, en el grito; tampoco quebrábase, en lo tierno, en el sollozo ni en el alarido...»—(E. Rodríguez Triana).

A propósito del órgano, como instrumento ritual, véase cómo lo describe nuestro orador.

«Aquí, (en el templo cristiano) el órgano resume y combina en sus acordes majestuosos las voces y clamores todos con que la universal naturaleza ensalza a su Creador, desde el trueno que retumba en las alturas hasta el gemido del aura entre las hojas; acentos enternecidos y llorosos que salen del corazón humano con notas que parecen caídas del arpa de los ángeles». (Del sermón: *El templo es la casa de Dios*).

Por nuestra parte, la oratoria del doctor Cortés nos hace el efecto del vuelo de las grandes aves. En tanto que los colibríes y golondrinas, para ascender en la atmósfera y sostenerse en ella, necesitan multiplicar afanosamente los movimientos de sus diminutas alas, las águilas, el cóndor, de un ligero salto, dado desde un peñasco, se desligan del suelo y luégo con unos pocos y amplios sacudimientos ganan ya notable altura en la que extienden con

pausado reposo su envergadura gigantesca para ir ascendiendo en continuas espirales, cada vez más anchurosas, hasta cernerse como dueños y señores de la solemne inmensidad. Así, el doctor Cortés. Léase, sí no, dándole conveniente interpretación, el siguiente pasaje:

«La fe dilata el ámbito de nuestros conocimientos. Allende los términos del mundo material, expuesto a la percepción de los sentidos y teatro de los experimentos, se extiende el mundo de las ideas, mucho más amplio y hermoso y poblado de mayores maravillas; en él ejerce dominio no disputado la razón, que penetra las esencias inmutables de las cosas, rastrea sus causas e inquiere las leyes con que se gobiernan. Y más allá todavía se abre sin fronteras el mundo sobrenatural, tan superior en nobleza y extensión al segundo, como éste al primero. Allí las inexplorables regiones de la esencia de Dios, allí los abismos sin fondo de sus atributos, los arcanos de su vida íntima, sus pensamientos, las trazas de su sabiduría con relación al hombre, al mundo, al tiempo, a la eternidad. A estas playas bienaventuradas no pudieron jamás arribar los sentidos, atados a lo material, circunscritos por el tiempo y el espacio; ni las llegó a divisar, siquiera de una manera confusa, la razón más atrevida y poderosa. Nada de lo que allí hay vieron los ojos, ni oyeron los oídos, ni pasó por pensamiento de hombre. Así como nadie puede saber lo que hay dentro del hombre, sino el espíritu del hombre que está en él, sólo el espíritu de Dios es sabedor de aquellas cosas que San Pablo llama *profunda Dei*, las profundidades de la naturaleza y de los consejos de Dios. Sólo la fe, dádiva graciosa del Espíritu Santo, penetra la sagrada tiniebla, escondrijo de la Divinidad, y, a modo de telescopio divino, refuerza y aviva la potencia visiva del alma, acerca los objetos lejanos y hace que la creatura los vea en las ideas, y, como si dijéramos, por los ojos de Dios». (*Oración sobre la ciencia y la libertad*, pronunciada en la capilla del Colegio del Rosario).

La escuela de elocuencia del doctor Cortés no se descubre en los predicadores que le precedieron, sea en el período colonial, sea en los tiempos de la república; tampoco se halla en el inmenso acervo de la literatura española, pobre, a juicio de críticos muy calificados, extremadamente pobre en punto a oratoria sagrada. «Sus pares habría quizá que irlos a buscar, dice el escritor antes mencionado, entre quienes, durante el siglo XIX y lo que del XX va corrido, ilustraron la cátedra de Nuestra Señora de París: Lacordaire, Félix, Ravignan, Monsabré, Didon».

Si nos es dado expresar nuestro concepto, hemos de decir que su verdadero tipo se halla entre los grandes oradores del siglo IV, salidos de las mejores escuelas de retórica del mundo griego: entre los Gregorios, un Basilio magno y un Juan *boca de oro*. Estos, no sólo habían extraído, depurándolos, los más ricos jugos de la floresta helénica, sino que además en la fuente inexhausta de los libros santos, cuya sublime alteza habían comenzado a sentir algunos retóricos paganos, Longino entre los primeros, habían bebido vigorosa energía de expresión, no sé qué encanto de alegorías nunca oídas y una inmarcesible frescura de imágenes, cuyo secreto habían perdido ya para siempre los oradores gentiles.

Muy de lamentar sería que nuestras nuevas generaciones no pudiesen saborear tan sustanciosos manjares del espíritu. Por dicha, entendemos, hay alguna disposición de alguno de nuestros cuerpos deliberantes tendiente a procurar la publicación de las obras de monseñor Cortés, y, aunque al orador es preciso oírlo para apreciarlo, con todo siempre alienta en esas obras doctrina subidísima expuesta en un lenguaje de insuperable transparencia y armonía.

Labor digna de todo encarecimiento y aplauso será, pues, la de dar entrada de condigna manera a esos tesoros en el gazofilacio de la patria literatura.

Bogotá, marzo 8 de 1929.

FRANCISCO M. RENJIFO

Rosario Archivo Histórico